

Recuerdo y nostalgia de los renterianos ausentes

oooooooooooooooooooo

¡Víspera de Magdalenas, y todavía se oye el eco de las anteriores!

Esa es la expresión, casi unánime, de los que hemos cruzado «el paralelo 45». La verdad es que nos encontramos en la «malda-bera» de la vida y ya es tan fuerte la preocupación o la obsesión de lo que nos espera al final, que tenemos la impresión de que los días se suceden con más rapidez, por no vivirlos.

Si las puertas de GAZTELUCHO pudieran cerrarse por una pequeña temporadita de unos 100 años, ¡cómo cambiarían las cosas! Prueba de ello es que la juventud tiene la impresión de que ha transcurrido un lustro desde las últimas Magdalenas, y es porque ellos viven la vida, sin la obsesión de no vivirla...

Y para los renterianos ausentes ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde las últimas fiestas pasadas en el «txoko»? Creo que, al igual que sucede con los sentimientos, en este caso sería difícil medir el tiempo, porque también cuentan la ausencia, la nostalgia y, sobre todo, la imposibilidad de estar presentes, aunque espiritualmente siempre están con nosotros.

Sin duda, añoran y recuerdan las últimas fiestas vividas, y la ausencia les produce un dolor que quisiera mitigar con este escrito.

Me consta que muchos de ellos, como buenos «errikoshemes», celebran las Magdalenas en sus hogares de México, Buenos Aires, etc., evocando en la sobremesa las verbenas de la Alameda Grande (ya difunta), que supo de sus movimientos garbosos al son de «un baile a lo suelto» o de una habanera «a lo agarrao», o bien recordando la «sokamuturra» que corrían nuestros padres, ellos solos, sin que nadie se enterase, y que Shaveriano Bidagain sabrá quién costeaba, o añorando la cena de la víspera con los amigos, cena que tenía la virtud de despertar el sano humor que dormía en ellos durante el año.

Con estos y otros recuerdos que escapan a mi visión de «no ausente», pasan las Magdalenas esos renterianos de corazón allende los mares.

Como ausente circunstancial, he tenido la ocasión de convivir con unos buenos renterianos en el extranjero; y, por ello, sé de añoranzas y recuerdos y más que el cariño y respeto que se habían ganado por sus buenas cualidades, que son muchas, me alegraba comprobar su orgullo de ser Renterianos, condición que proclamaban con verdadero placer, aunque nadie conociera Rentería, sobre todo siendo tan fácil para ellos indicar San Sebastián, capital de la que casi todos habían oído hablar.

Pues bien; esos renterianos de México, Buenos Aires, etc., entre los que recuerdo a Modesto Jáuregui, su hermano Esteban, Ramón Larragain, Sabino Olascoaga, Paco Bengoechea, los hermanos Zubillaga y un etc. muy largo, también dicen siempre con orgullo «que son de Rentería», porque, sencillamente, quieren a su pueblo, que lo componen sus familias, sus amigos, las casas donde nacieron, los sitios recorridos durante años, la Iglesia donde fueron bautizados y recibieron la Sagrada Comunión, el lugar donde descansan sus mayores, y justo es que a ese cariño que nos profesan y al amor que sienten por las cosas para mí tan queridas, corresponda con el mío, llevándoles un poco de alivio, muy poco por cierto, en esta Víspera de Magdalenas, en que el dolor de la separación será, sin duda, más fuerte, recordándoles dos hechos que quisiera destacar, y que por sí solos y por la emoción, nunca confesada, que me producen, bastan para anhelar la llegada de las fiestas.

Faltan pocos minutos para anunciar al vecindario el comienzo de las Magdalenas. En la plazoleta de las Escuelas abunda la chiquillería, que durante todo el recorrido seguirá a la Banda de Música, para martirio de los «cabezudos»; pero también se observa la tradicional presencia de los «vetustos», que me imagino acuden, al igual que yo, para sufrir o gozar de esa emoción, imposible para mí poder describir, producida por los primeros

compases del Centenario, pero que me hace sentir como un cosquilleo por todo el cuerpo. Luego, enfilando por la calle Capitán-enea, las risas infantiles y las alegres notas se pierden y me quedo tan solo dentro de mí mismo que, huyendo de esa soledad, corro de una calle a otra, para oír, una y otra vez, el mismo Centenario, porque me asusta pensar que puede ser el último...

Cuando la Banda se retira, inconsciente de las diversas emociones que a su paso ha dejado, por un instinto más fuerte de mi voluntad, busco la compañía de algunos amigos, para, en nuestra charla, recordar hasta los hechos más insignificantes de nuestra niñez, y aunque todos los años la conversación es la misma, siempre todo ello me parece nuevo. Cuando los nervios han vuelto a su normalidad, me retiro a casa, con el convencimiento de que las fiestas, sin empezar, han terminado para mí, pero con la seguridad de que la emoción que me han producido estos dos hechos, valen por todos los festejos que se pueden organizar.

No os estrañe lo que digo, amigos ausentes, pues lo hago con el noble deseo de aliviar vuestra pena, convencido de que con la distancia las cosas adquieren unas proporciones que están en relación directa con el temperamento de cada cual, pero que no siempre se ajustan a la realidad.

Vosotros añorais las mismas cosas que yo, porque también las recuerdo con nostalgia.

Ya no se realizan las verbenas de la Alameda Grande, porque ya no existe. Cuando quitaron la «Damasa», el lianto de los castaños fué tan pro-

fundo y sincero, que el río creció lo suficiente como para dejarla inservible. Por su condición de «difunta», yo me descubro, guardo un respetuoso silencio y mi cariñoso recuerdo le acompaña.

Aquellas habaneras de «un paso a la derecha y otro a la izquierda» no son conocidas por los de la «nueva generación» y ahora impera un baile (de alguna forma hay que llamarlo) que no es ni «a lo suelto» ni «a lo agarrao», pero para el que, no hay duda, se necesitan unas facultades de verdadero atleta.

¿Y qué decir de la «sokamuturra»? Ya no la corren una cuadrilla de hombres sesudos, sino más bien un «río» de personas de uno y otro sexo; y al verlo, me da la impresión de que ha acertado el autor de esa canción tan en moda, que dice «a lo loco, a lo loco...» pero de lo que no estoy ya tan seguro es de «que se vive mejor».

Me daría por satisfecho si con estas «tonterías», como las llamarán los que tengan la suficiente paciencia para leerlas, he conseguido que los renterianos ausentes tengan la impresión de no hallarse tan lejos de su «txoko»; y mi mayor deseo es verlos aquí reunidos a todos la víspera de Magdalenas del año próximo, no para oír el Centenario, sino para recorrerlo por todo el pueblo, enlazados como verdaderos hermanos de una gran familia, detrás de nuestras inigualables Bandas de Música y Txistularis...

ALFONSO POLO LIZARRALDE

Rentería, 21 de Julio de 1954

VDA. DE M. ANSORENA

Comestibles y frutas selectas

Servicio a domicilio

Reparación de medias AGUSTINA

Viteri, 34 Teléf. 56-0-43 RENTERIA

“FERMOSELLE”

Almacén de Vinos y Licores
al por mayor y menor

Casa Central y depósito: Martín Echeverría, 8

Teléfono 55-8-15 RENTERIA

LEGAR

TALLERES MECANICOS

Reparación de Coches

Electricidad del Automóvil

Viteri, 42 Teléf. 55-6-59 RENTERIA

Telesloro Zapirain

CONTRATISTA

Almacén de Materiales de Construcción

Francisco Gazcue, 1 Teléfs. 55810-55797

RENTERIA